

LOS ESCOLTAS

y el secreto plan del peronismo
para viajar en el tiempo



eddie fitte



EDITORIAL
nudista

eddie fitte

LOS ESCOLTAS

y el secreto plan del peronismo
para viajar en el tiempo

*Para Camilo,
y las siestas que le regalaste
a tu viejo,
para que escriba esto.*

Destinario: Mesa de entradas Diario "La Prensa"

(Edificio Gainza Paz, Av. De Mayo 575, Buenos Aires)

***Atención: Sr. Cosme Marinio
Presente***

He tenido la noticia poco oportuna de que su carta fue recibida por Celia, mi entrañable amiga que aún reside en el domicilio de la familia Wasserman (Villanueva 1400, barrio residencial Belgrano), adonde el Dr. Albert Einstein se mantuvo durante su visita.

Tengo que aclararle que tuve la fortuna de que fuera mi colega quien abrió su sobre y pudo leer el asunto por el que pretendía contactarme. Su labor de atender la correspondencia periodística para organizársela al Sr. Bruno Wasserman (que padeció el atosigo mediático del 25 de marzo hasta el 24 de abril) me salvó en esta oportunidad.

Esa carta podría haber generado dudas sobre mis buenas costumbres a quienes tuvieron la amabilidad de darme alojamiento y un trabajo de excelencia privilegiada a lo largo de la estadía del ilustre Nobel.

El revuelo que ha generado la llegada del Dr. Einstein a nuestra ciudad superó la imaginación de muchos llenando tapas a cuatro columnas. Luces, gritos, cámaras y filmadoras lo acosaron desde que subió al barco en el puerto de Montevideo. Los periodistas argentinos lo han perseguido incansablemente, y estuvieron tras él incluso cuando cruzaba el Río de la Plata. Pero veo que ante la ausencia de novedades o declaraciones que trasciendan lo meramente social, se han generado algunos descalabros éticos como el que su postal bien ejemplifica.

Quería esclarecer que durante el mes prácticamente completo que pasó en la Argentina el Dr. Einstein trabajé como su asistente personal y mecanógrafa privada, labor que me fue asignada por mi manejo del idioma alemán y mis vastos conocimientos sobre física y astronomía.

Me ofende, tanto como me confunde, su oferta epistolar. De ninguna manera puede ser beneficioso para mí el hecho de que se me vincule amorosamente en los tabloides con un científico de

renombre, y no pretendo construir mi destino de otra manera que no sea trabajando.

No pretendo capitalizar mi privilegiada experiencia laboral con un escándalo vacío y superfluo, sino continuar con mis estudios para poder algún día aportar algo positivo a la comunidad.

Por último, las tesis y/o experimentos que en nuestro país ha estado desarrollando en paralelo el científico son de estricta confidencialidad, y muy lejos me encuentro de querer revelarles contenidos y resultados. Pero mucho menos a cambio de la publicidad de una inexistente vinculación amorosa en la prensa nacional que nada podría contribuir con mi desarrollo profesional. Nada me unió a ese hombre más que la admiración y el agradecimiento, y ante ese sentimiento lo único que le debo es lealtad. Para amores, tengo a mi hijo Galileo. Y el ejemplo que le doy es más importante que cualquier fama efímera que pudiera ofrecerme.

Jamás revelaría un secreto, a menos que el motivo valiera la pena.

De todas formas, le agradezco amablemente su contacto epistolar.

Lo saluda sin rencores,

*Simona Ravello
27 de Abril de 1925*

Capítulo uno

*Si la armonía de la sociedad, detrás de la multiplicidad de los
fenómenos,
depende de la común integración en la Unidad,
entonces el lenguaje de los poetas podría ser más importante
que el de los científicos.*

Werner Heisenberg

—¿Más chico no tenés? —le preguntó Rubén, con cara de orto.

—Disculpame, tengo 500 nada más. Tengo que pasar por un cajero si no. Podemos buscar, a ver si alguno tiene plata —contestó Esteban con un poco de culpa.

—Dejá, no vas a conseguir cambio ni en pedo. Paso por algún kiosco a la madrugada, despreocupate —contestó el remisero.

Hacía frío. Las calles de San Carlos de Bariloche se veían particularmente heladas, entre la bruma pesada y cierto brillo cristalino que se reflejaba en el asfalto. “Se suponía que para el verano no te cagabas tanto de frío”, pensó Esteban. “Pero, bueno, no hay nada que una buena chimenea y algún plato medio soperito que no salga demasiada gaita no puedan calmar, la Patagonia es así”, se dijo inyectándose una cuota de optimismo.

Los días que se había tomado también tenían el objetivo de distraerlo de Natalia. La joven morocha, graduada de medicina y que estaba en su último año de jefatura de residencias, había sido su novia por cuatro años y él había pasado con ella, en términos generales —a su entender—, un tiempo hermoso. Eran muy parecidos y compartían, además de los gustos, las mismas obsesiones y rituales. Luego de dos años de tener similares trastornos compulsivos compartiendo el departamento, habían cortado el vínculo de mutuo acuerdo. Eso, si bien lo obligó a buscar un nuevo hogar, bastante más chico y en un barrio menos agraciado, le había servido para estar más tranquilo después de meses peleándose por nimiedades de la convivencia. Lo malo era que no podía dejar de extrañar a Draco, el labrador de 14 años que tenía Natalia y que ahora Esteban ya no veía más.

—¿Sos porteño?

—Eh... Sí. Vivo en Buenos Aires. A todo esto, ni te dije a donde voy, disculpá, ando agotado —contestó sin la más mínima intención de continuar la charla— ¿Para dónde estamos yendo?

—Al Centro Cívico. Con la pinta de pibe de la Capital que tenés, no creo que estés apuntando para otro lugar diferente —arriesgó Rubén mientras manejaba convencido—. Bah, si no me lo hubieras tirado de entrada —agregó con simpatía.

—Perfecto. Me quedo tranquilo. Sí, voy para ahí. La placita con los bancos donde están esos perros medio suizos. San Bernardo's creo que son. Los que le ponen el barril para que se saquen la foto los turistas.

—Perfecto —pareció cerrar el remisero.

Los nervios le daban ganas de comerse las uñas. No estaba alterado pero, como siempre, sentía que mil pensamientos diversos se arremolinaban en su cabeza. Ir cortando poco a poco, a puro serrucho dental, el arco sobrante de cada dedo, lo bajaba más a tierra. Recordó que acumular la colección de trofeos, producto de cada recorte, era algo que las chicas que estuvieron con él siempre le habían recriminado.

La lluvia era en verdad aguanieve. Todo parecía sencillamente más frío que lo que diagnosticaban las páginas de *TripAdvisor*, que miraba en su celular mientras viajaban. La pantalla del teléfono le irradiaba una tímida luz sobre su cara. “Por qué hace tanto frío por la noche en Bariloche”, googleó.

—¿De vacaciones? —interrumpió el momento de búsqueda, nuevamente, el remisero.

—Sí, segunda quincena de enero me pedí. Tuve suerte porque muchos se la habían querido tomar y me tocó de pedo —respondió.

—Bariloche es así como la ves. Es hermosa. De día podés estar nadando en bolas por el lago, con la temperatura más amable de todas. Pero de noche... No, de noche de repente se pudre todo y San Carlos te quiere mostrar que esto es la Patagonia y acá no podés venir a hacer lo que se te canta el orto. La podés pasar muy bien de día, pero la noche es para tomarse un vino medio cerca de algún fuego porque si no no tiene gracia. Está bueno el hotel a donde vas —le guiñó por el retrovisor el remisero.

—¿Cómo sabés cuál es? No voy al de la cadena, eh.

—Ya sé a cual vas. Al *no-se-cuánto-Lodge*, es un lugar bárbaro. Ahí van todos los que tienen pinta de

artistas modernos de allá como vos, o músicos... ya sabés de qué personas hablo.

Esteban sonrió entendiendo el guiño.

—¿Necesitás porro? Tengo un amigo muy cercano que vende flores, un poco verdes ahora. No están caras y ahí adonde vas te dejan fumar tranquilo.

Esteban se rio falsamente cómplice, no tenía ganas de meterse en un quilombo por un cogollo a esa hora de la noche. No confiaba demasiado en quien lo llevaba. No quería ponerse en riesgo innecesariamente: las vacaciones se las había propuesto para descansar y siempre que compraba porro solo, de noche, para fumar algo medio fino e irse a dormir, todo terminaba mal. Quizá por su eterna paranoia, sí. No lo negaba. Pero era meterse, o al menos sentir que lo hacía, en un bardo.

—Dale, cualquier cosa te aviso —le cortó Esteban.

—¿Querés una seca? —dijo retrucando nuevamente Rubén, mientras tanteaba a ciegas el cenicero del auto en busca del encendedor— Tengo una tuca acá pero la apagué porque te vi medio serio —cerró.

Esteban aceptó. El viaje continuó así de la mejor manera imaginable para él. Esas conversaciones en muchos casos lo dejaban sosteniendo charlas que no deseaba continuar porque, por lo general, siempre se encontraba en disenso con el conductor. En este caso, las cosas parecían cuadrar.

Mientras pitaba el cigarrillo que le acababan de ofrecer, Rubén, el remisero, empezó a contar lo que Esteban sentía que era un lugar común de ese tipo de charlas, símil pasajero con su taxista de turno.

—Soy periodista. O, bueno, mejor dicho, productor de televisión.

—¿Cuál de las dos? —le repreguntó.

—Estudié periodismo pero laburo de otra cosa. Soy productor de un programa de tele de juicios en vivo.

—¿Ah, sí? ¿De la tele? ¿Esos donde van las personas y se hacen juicios a los gritos porque la gallina del vecino le cagó el patio?

—Algo así.

—Ustedes los porteños miran cada pelotudez —refunfuñó el conductor.

—Qué se yo. Sí, el programa no es un Pulitzer. Pero yo trato de que los casos sean lo más verdaderos posibles, intento aportar a que la tele no sean tan chota.

—Gran aporte —replicó Rubén, poniéndose filoso.

—Perdoname, pero me encanta el rol que cumplís vos manejando un remis que va desde la Terminal al centro. Tampoco estás disertando en la ONU —retrucó Esteban, bastante caliente. Sintió que debió ahorrarse el remate de enojado al pedo pero estaba cansado como para tener que justificarse.

—No seas boludo. No te calentés, te jodo. Me refiero a que entiendo que sabés que el producto que hacés no te deja del todo feliz, pero que en el fondo le metés tu cuota y sin tu aporte por ahí todo sería peor. Está bien. El sistema se cambia desde adentro. Ja. ¿Sos compañero? —indagó el conductor, haciéndose el distraído sobre el final.

—No, si te referís a mi relación con el peronismo. Tampoco me considero muy anti. Tengo amigos peronistas. Pero a mí en todo caso me gusta Evita, no Perón —respondió con reparo.

—Bastante pecho frío decir eso —dijo el conductor con una sutil carcajada de amigo, después de una pitada potente que había dado.

—De todas formas, no te persigas. Si te estás excusando, yo soy Peronista. No te iba a cuestionar. Debés estar acostumbrado a conductores más gorilas. Pero no, yo hasta conocí al General —agregó Rubén con orgullo.

—Ah, ¿sí?, ¿amigo de la escuela? —repreguntó con delay.

—No. Ojalá. Lo vi una vez, de pedo y de lejos. Pero en alguna que otra foto vieja que he visto en internet se me ve cerca. Trabajaba en uno de los equipos que había formado. Se llamaba *Proyecto Huemul*. Acá nomás, en Bariloche mismo. La historia es bastante conocida. Seguro que escuchaste nombrarlo alguna vez, si sos periodista... —dejó en suspenso.

—Lo conozco, sí. El proyecto nuclear del austríaco ese. No me acuerdo el nombre. Pero dijeron que todo eso era mito, o a lo sumo una farsa que terminó en nada. Habladurías.

—Yo trabajaba en el Estado durante esos años. Boyaba de ministerio en ministerio. A veces mordía de Salud, otras de Trabajo o Desarrollo. Había que aportar al movimiento y yo sumaba, mayoritariamente ideas. Si bien no estudié, porque en ese momento no existía Trabajo Social, básicamente era eso lo que hacía. Había estudiado Antropología, nada que ver con lo que terminé haciendo para el estado. Un día me llegó una carta. De Ramoncito. Era un amigo, sanitarista, que llegó a Salud, picó bien alto el hijo de puta. Y hacía las cosas bien. Pero, bueno, un día me recomendó como potencial *escolta* para algo clasificado que se estaba haciendo acá en el sur —cerró orgulloso el remisero y puso el freno de mano del automóvil—. Son 188

mangos, pibe. Te debo 12, que si no me dejás sin un mango para los otros pasajeros —dijo Wauters, concluyendo súbitamente una historia que parecía crecer.

—Dale, ¿no me vas a contar el final? Tampoco la dejés ahí —suplicó sutilmente Esteban—. ¿Qué es un escolta?

—*Escolta histórico* era el título del laburo. La idea era que fuéramos para adelante para ver qué pasaba en el tiempo. Adonde tocara. Y a mi me tocaron estos años, compañero. Tocó nomás —respondió Rubén sin tomarse demasiado en serio pero siendo contundente.

—No entiendo. Pero, ¿qué edad tenés? —Cuestionó el joven periodista, tratando de comprender respetuosamente lo que le sugería el remisero.

—Pibe, no tengo la más puta idea. Acá está tu vuelto —cerró terminantemente el conductor.

Esteban recibió el vuelto.

Habían llegado al Centro Cívico y su mapa por GPS marcaba que estaba a 30 metros del punto donde lo estaban dejando. La luz tibia de su celular continuaba iluminando su cara.

—Esteban Lewin me llamo, un gusto —le dijo mientras guardaba la plata en su billetera—. Me interesan las historias de conspiraciones —agregó.

—Conspiraciones las pelotas. Quizá deberías conocer a mis dos compañeros del proyecto por si no me creés, los que viajaron conmigo. Venden artesanías cruzando la calle que sale de tu hotel. Escoltamos juntos en el Huemul. Agarrá mi tarjetita y mañana cualquier cosa, si te divierte, me llamás y te venís con nosotros. Te vamos a sacar bien peronista.

—Perfecto. Dudo que vaya a ser tan así pero... más allá de eso, ¿a cuánto estaría el gramo?